

NIPPUR DE LAGASH

# EL CIEGO REY DEL SUEÑO

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA



La superficie del arenal era infinita o al menos así lo se-  
mejaba ante mis ojos. Una gran bandeja color oro perdién-  
dose en la distancia sin alteraciones, sin nada que rom-  
piera la muerta monotonía del grano de arena.



Arriba, el sol,  
ese dios que-  
mante y necio,  
eternamente  
colgado de su  
telaraña azul,  
girando sobre  
nosotros los mí-  
seros hombres.  
El sol, ese bui-  
tre de fuego...



(Podré reiniciar  
el viaje cuando  
oscurezca. Aho-  
ra sería una lo-  
cura.)



(Debo aprovechar la sombra.)



(Los pobres...)

El sol oprimía los  
aires cada vez  
con más fuerza  
y sentía el refle-  
jo de su fuego vi-  
borear en el aire  
como serpientes de  
cobre. Yo era hom-  
bre sin caballos  
ahora.



Con sólo volver la cabeza podía ver sus  
cuerpos que se descomponían con rapi-  
dez. Ya su espantoso olor parecía una  
neblina en el aire caliente.

(Esas víboras... No  
pude imaginar que  
habría allí un nidal  
de víboras veneno-  
sas...)



(Pero lo había... y  
quedé sin caballos.  
Tendré que abandonar  
mi carro y seguir a  
pie. Será una pena  
perderlo pero no que-  
da otra solución...)



Algo hizo ruido en el aire y alcé la cabe-  
za...

(Los buitres... Ya han sen-  
tido la carne muerta...)



(Tendré la espada lista. A veces los buitres se enloquecen  
y no distinguen la carne muerta de la viva...)



(Y estos están hambrientos. No se muere aquí con la suficiente abundancia como para mantenerlos satisfechos.)



(No te acerques tanto, bicharraco. No tanto...)



(No tanto...)



¡No tanto, te he dicho!



¡Por Samás! ¡Están enloquecidos!



Hubo un relámpago pardo en ese momento y un chillido áspero y agudo relampagueó entre los graznidos de las aves de rapina. Chorros de plumas negras y estrellas rojas salpicaron el aire hirviente...



(Es un pájaro de caza... Como los que usan los egipcios..., pero nunca vi uno de estos aquí...)



Los cuervos huyeron en loca desbandada mientras las garras y el corvo pico afilado destrozaban a los más rezagados.



Ven aquí, amigo. Ven. Nippur te llama.



Hermoso animal. Potente. Hermoso. Y tiene collar de oro y un aro en la pata. ¿De dónde vendrá?



El halcón se elevó de mi mano y se alejó volando... no muy lejos. Volvió otra vez a mí...

(Y se aleja otra vez... Como si me llamara...)



(Los designios de los dioses están en niños y en monstruos, en pájaros y flores... Veamos lo que ocurre...)



¡Corre, amigo! ¡Vuela! ¡Te sigo!



El pájaro de guerra enloqueció con sus graznidos el cielo color de bronce y como una flecha cruzó el aire. Corrí tras él, sintiendo el calor de fuego de la arena bajo mis sandalias.



(¿Adónde irá? ¿Qué ocurrirá?)



(Parece haberse detenido del otro lado de aquella duna. Vuela en círculos allí, chillando. Creo que se ha acabado el camino...)



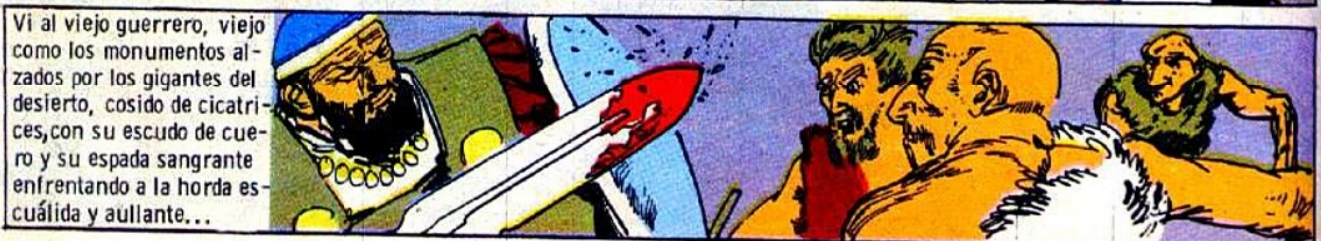
(¿Qué habrá del otro lado?)



(Aquí es el fin del camino...)



Desde lo alto de la duna dominé toda la escena. Una escena similar a la mía pero con buitres de piernas y corazones de basura...



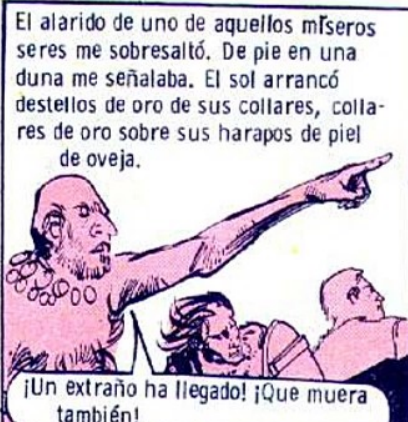
Vi al viejo guerrero, viejo como los monumentos alzados por los gigantes del desierto, cosido de cicatrices, con su escudo de cuero y su espada sangrante enfrentando a la horda escuálida y aullante...



Detrás de él vi al hombre de hermoso rostro, con los ojos claros e inmóviles, vestido de blanco, quieto e indiferente como si su espíritu estuviera lejos, lejos de todo...



Y vi a la mujer joven, tan hermosa y tan firme como él con sus niños, sus dos niños colgados de la falda. Pude ver en sus ojos que se negaba al miedo con todo el desprecio de un alma soberbia y única.



El alarido de uno de aquellos míseros seres me sobresaltó. De pie en una duna me señalaba. El sol arrancó destellos de oro de sus collares, collares de oro sobre sus harapos de piel de oveja.

¡Un extraño ha llegado! ¡Que muera también!



Eso me despertó. Mientras la majada de chacales se removía al pie de las dunas vi una roca, un extraño misterio en ese mundo sin consistencia de la arena ardiente y salté junto a ella.

¡Quien me quiera que me tome!



¡A él!



Sentí el sudor que corría como aceite sobre mi cuerpo y la roca era caliente y liviana entre mis manos. Soy fuerte como un toro y pocos me superan en los mundos conocidos. -¿Quién se atreverá a tocar al hombre de Lagash?



¿Quién?



Los vi asustados. Vi en sus ojos el miedo de aquellos en quienes el miedo es algo tan consistente como la sarna en los perros o el hedor en la hiena. Reí...

¡Para vosotros!



Desvainé mi espada que lanzó su chillido de bronce contra cuero. Estaba caliente como todo en ese sitio extraño con hervores de aceite y muerte. Bajé hacia ellos.



¿Quién...?



No sabría decir cuál corrió primero, pero no tardaron en hacerlo todos sin hacer caso de los chillidos de la hiena de collares de oro.

¡Carroña de montaña!  
¡No corran! ¡Hay que matar a los reyes!



Pensé que no valía la pena gastar esfuerzos y filo en él y recogí una piedra y se la arrojé. Su cráneo resonó como yo esperaba. Con el seco sonido de una vasija rota.

¡Ay!



¡Corre tú también, escoria! ¡Corre a esconder tu peste y tu olor! ¡Corre!



Se fue. Me volví al viejo guerrero. Se había sentado cansado y me miraba. Parecía aún más viejo visto con calma.

Yo soy Anasharim. Y lo sigo siendo gracias a ti.



Hablaba uno de esos chapurreados dialectos guerreros que se aprenden viviendo años en campamentos.

Yo soy Nippur de Lagash. Y tal vez lo sigo siendo gracias a tu halcón.



Ah. Tonhas es valiente y feroz. Odia a los buitres y los chacales y creo que tiene en él algo de humano, infeliz sea por ello.



Acércate tú, el que nos ha salvado. Deseo conocerte.



Era la primera vez que hablaba y lo hizo con tono solemne y pausado sin mover la cabeza. Por un instante creí que lo hacía por orgullo hasta que advertí que no parpadeaba pese a recibir el sol de lleno en los ojos.

Tienes un rostro noble pero la piel reseca y agrietada. ¿Eres de sangre noble?

Nadie tiene sangre en los caminos, excepto la que vierte en su muerte y esa es siempre roja. ¿Quién eres tú?



Soy el rey de todo lo que tu ves alrededor. Soy rey de estas tierras como lo fueron mis padres y mis abuelos y sus padres.



Miré el arena ardiente y luego a Anasharim que se encogió de hombros y escupió con su insuperable destreza de veterano.

Ahora sufro la triste condición de fugitivo. Los pastores mataron a mis guardias y he debido huir para salvar la vida de mis hijos y la de mi mujer.



Mis hijos volverán aquí. Volverán a reinar sobre las montañas y sobre los bosques, sobre pastores y ganados. Ellos volverán.



Calló y sus hermosos ojos ciegos quedaron inertes contemplando algo misterioso y lejano. Mundo ajeno y recóndito de los ciegos. Su mujer me sonrió y hubo una luz superior a la del sol.

Te agradezco nuestras vidas. Gracias.

En ese momento sentí el mugido. Me volví a Anasharim.



¿Tienes animales?

Dos bueyes. ¿Por qué?

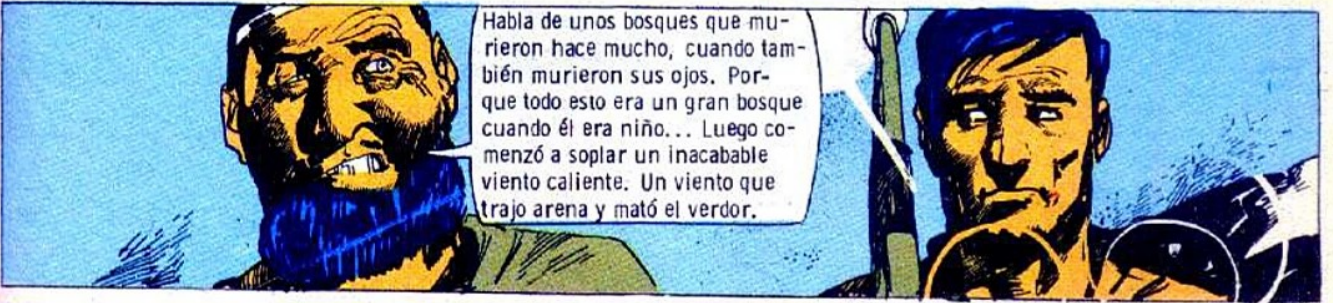
Tengo un carro de guerra aquí cerca. Podremos uncirlo a los bueyes y ellos viajarán en él. De esa manera todo sería más fácil.

¡Magnífica idea! ¡Llévemos los animales hasta el carro!



Dime, Anasharim, y no deseo que te enfurezcas pero, ¿qué extraña nube flota en el cerebro de ése que se dice rey? ¿De qué bosques habla?

Habla de unos bosques que murieron hace mucho, cuando también murieron sus ojos. Porque todo esto era un gran bosque cuando él era niño... Luego comenzó a soplar un inacabable viento caliente. Un viento que trajo arena y mató el verdor.



El no lo vio. Una caída de caballo lo había dejado en tinieblas para siempre y creció en el castillo donde la tristeza había llegado con la arena. Se casó y tuvo hijos, esos que ves allí. Y todas las mañanas preguntaba por los bosques y todos le respondían que nunca los habían visto tan verdes.



Y los años corrieron y todo lo verde murió y murieron los animales menos unos pocos que fueron conservados con sacrificios y desesperación. El castillo de piedra se llenó de silencio y todos los siervos comenzaron a irse.

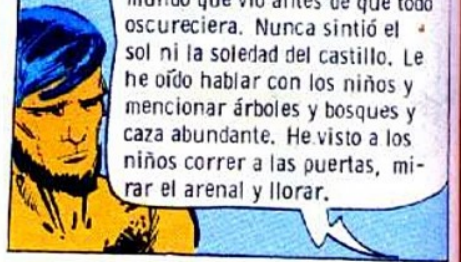


Y un día, los pastores, locos de hambre, de rabia y de arena, se abalanzaron sobre el castillo de piedra que ahora estaba ya semiderrumbado. Querían matar algo y no encontraron nada... Excepto a nosotros y nosotros huímos.



¿El está loco?

No sé decirte. Su bondad es tanta que podría superar en tamaño a este desierto pero vive en aquel mundo que vio antes de que todo oscureciera. Nunca sintió el sol ni la soledad del castillo. Le he oído hablar con los niños y mencionar árboles y bosques y caza abundante. He visto a los niños correr a las puertas, mirar el arenal y llorar.



¿Y qué haces tú con un hombre perdido en sí mismo?



Llegué al castillo siendo él ya ciego y rey... ¡Rey! ¡Bah! Me ofreció su hospitalidad y su casa... Me la ofreció sin preguntarme quién era ni de dónde venía y me sentó a su mesa como invitado... A mí... Claro que sólo había verduras para comer... pero yo nunca fui más que un guerrero de la más baja categoría.



Sus hijos jugaron con mi espada y me tiraron de la barba y supe que desde ese día mi vida estaría unida a la de él. Así ha sido. Y ahora trato de llevarlos hasta el mar donde dejé yo una barca hace mucho. Los podré llevar hasta alguna ciudad. Aún tienen mucho oro para vivir espléndidamente.



Eso siempre y cuando los pastores no nos alcanzan...



El hombre estaba de pie bajo el sol. Sentí una gran ternura ante ese rey ciego y loco.



No te alcanzarán. Yo los ayudaré.

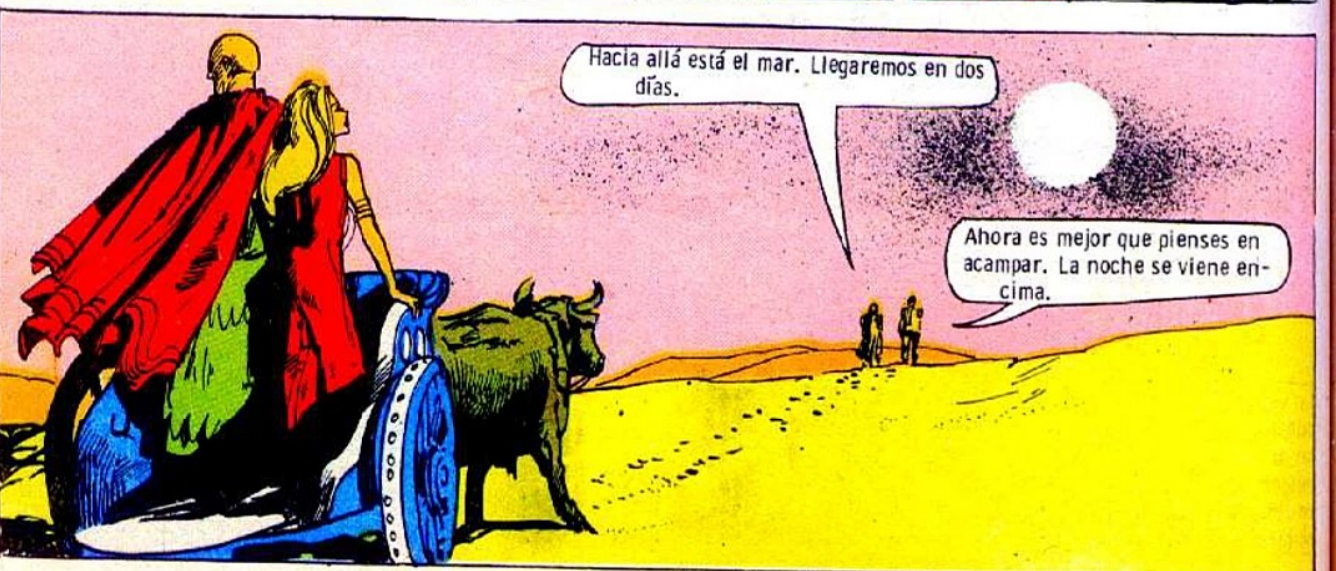
Gracias. Ya habrá algún dios que te lo pague.



Sí. Alguno que no escupa.

Hacia allá está el mar. Llegaremos en dos días.

Ahora es mejor que pienses en acampar. La noche se viene encima.



Esa noche comí con ellos a la luz de una hoguera. El viejo Anasharim insistió en montar guardia.



¿De dónde vienes, Nippur? Háblanos un poco de los mundos que viste. Hace mucho que no oigo una voz extranjera.

Poco te puedo decir, excepto que los reyes y los reinos cambian de nombre día tras día pero no de esencia. Los puñales acechan tras los finos tejidos y son muchas las coronas de oro que cubren una cabeza brutal.



Extendió las manos para sentir el calor de las llamas y sonrió melancólicamente.



Yo soñé con un reino hermoso. Soñé con un reino donde mis vasallos pudieran ser felices y donde los esclavos serían libres al nacer su primer hijo. Quise convertir los nacimientos en milagros para que todos pudieran amarse más.

Quise...



Calló y por un momento sus ojos parecieron de oro sobre el fuego. Sentí algo en el pecho que me oprimía, como si las chispas de aquella maravillosa locura me hirieran, me alcanzaran. La mujer lo acarició, no como se acaricia a un hombre sino como se acaricia a un niño.

Descansa.



¿Duerme?

Sí.



Quedamos en silencio. Luego hablé.

Tenemos que salvar a tu rey, viejo. Tenemos que salvarlo aunque nos vaya la vida en ello.



Veo que también te ha cautivado a ti.



¿Quién podría ser inmune a su hechizo? El fuego de bondad que hay en él podría incendiar el mundo.

Tal vez, algún día el mundo sea incendiado con su fuego. Tal vez aparezcan otros hombres que nos traigan su fuego...



Los dioses te oigan.

Nos siguen.

Reiniciamos la marcha con el sol. Marcha cómoda ahora con el carro y los bueyes. Sólo que...



Sí. ¿Qué quieren?



Tal vez el oro... Pero no lo creo. Creo que quieren la vida del rey. Quieren matar al que saben mejor que ellos. Pretenden justificarse con el oro pero en realidad son como las hienas que quieren matar al león herido.



¡Mira! ¡El mar!



¡Y allí está la barca! Estamos a salvo. ¡Subamos!

Anasharim.



Yo no iré con vosotros. Tú llevarás a mi mujer y a mis hijos a tierras donde puedan vivir. Te llevarás el oro también. Yo quedaré aquí, en mi tierra.

Señor... ¿Bromeas? ¡Te matarán!



Tal vez me maten pero no me harán abandonar mi tierra. Aquí quedaré. Y no discutas. Es la última orden que te doy. Vete. Y cuídalos.

Señor...



Dio la espalda al viejo guerrero, se apartó unos pasos y se arrodilló en la arena húmeda de la playa. Su mujer y sus hijos se acercaron a él.

¿Quieres que lo arrastre al bote?

No. Si ha decidido quedarse, lo hará.



La mujer volvió hacia nosotros. Sus lágrimas brillaban como granos de sal.

Debemos irnos. He hablado ya con él.



Ven. Sube. ¿Qué esperas?

No...



Yo también me quedo con él. No dejaré que los perros lo toquen.

¿También has enloquecido, hombre de Laqash?



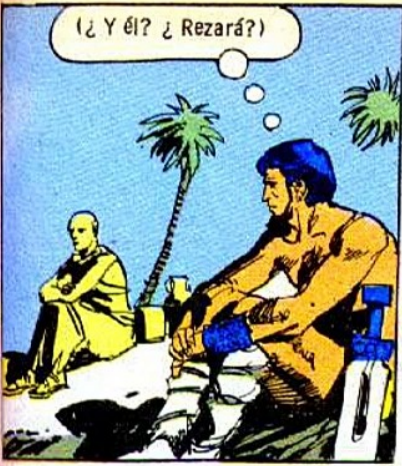
¡Vete! ¡Vete! ¡Sí! Yo también estoy loco! ¡Ojalá hubiera mucha más locura de ésta en nuestros mundos!



¡Ven con nosotros, maldito! ¡Ven!



Vete. Tienes algo muy importante que hacer, viejo guerrero achacoso. Vete.



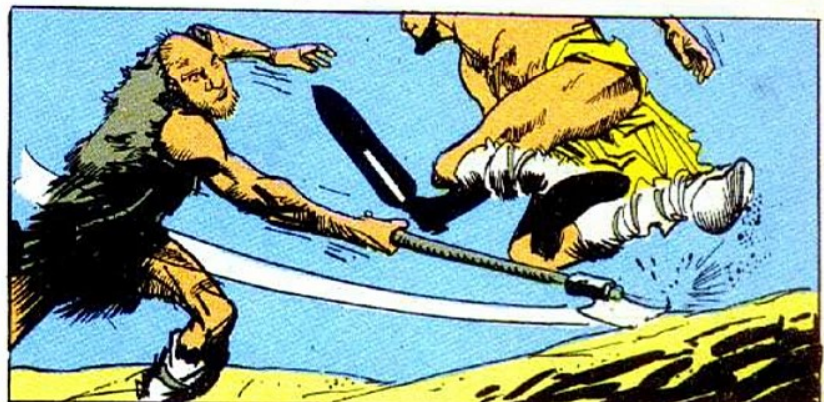
(¿ Y él? ¿ Rezará?)



( Me quedaré junto a él. Por primera vez en mi vida siento que soy esclavo de un rey. Magnífico rey loco, rey de un sueño... )



(Por él... Contra todo el mundo...)



¡Ahhh!



(Retroceden. No quieren morir. Y todo aquel que intente tocarlo volará a los dioses cabalgando en el filo de mi espada...)



(La noche es fría aquí... ¿ La sentirá también él?)

